

Xavier Mina, el héroe liberal olvidado

Manuel Ortuño Martínez

Llama poderosamente la atención el descuido, me atrevería a decir sistemático, con el que los historiadores españoles han tratado la figura, romántica y juvenil, de uno de los primeros héroes del liberalismo español, injustamente olvidado. Sobre todo cuando se sabe que en México, lugar al que llegó arrastrado por un idealismo frenético y romántico, pronto se convirtió en héroe nacional. Sus cenizas reposan, junto a las de los principales próceres de la insurgencia, en un lugar muy especial de la Columna de la Independencia, en el paseo de la Reforma, adornada por varias estatuas de grandes dimensiones, una de ellas la del propio Xavier Mina.

Al profundizar en el estudio de esta figura tan singular de la primera época del reinado absolutista de Fernando VII, es fácil llegar a la conclusión de que un hado adverso le acompañó permanentemente, y que sus infortunios, en todo momento, superaron a su entusiasmo y convicción. No puedo extenderme en los detalles de una vida apasionante, llena de emociones y ambición, desgraciadamente breve y que truncó su fusilamiento en el cerro del Bellaco, en pleno Bajío mexicano, el 11 de noviembre de 1817, tras una campaña cargada de victorias y derrotas de ocho meses de duración, desde su desembarco en Soto la Marina (Tamaulipas), en abril de ese mismo año.

El héroe de la guerra de la Independencia frente a Napoleón; el fundador del «Curso Terrestre de Navarra»; el «¡Mina! ¡Mina!» de los valientes navarros cuando caían por los caminos de Estella sobre las tropas del Emperador, el prisionero de Estado de Napoleón en el castillo de Vincennes, junto con Palafox, O'Donnell, Blake, La Roca y Lardizábal; el liberal apasionado (ideología y convicción que aprendió de La Horie en Vincennes) que vino a Madrid en 1814 para enfrentarse al absolutismo reaccionario de Fernando VII y que en Pamplona protagonizó, junto con su tío Francisco Espoz, mariscal de la División de Navarra, el primer «pronunciamiento» liberal del siglo XIX. Ésta es una apretada síntesis de hechos importantes que jalonaron su existencia, en los primeros años.

Tuvo la mala suerte de que al caer prisionero de Napoleón, en la primavera de 1810, su tío Francisco Espoz se empeñara en unir al suyo el ape-

llido del sobrino, pasando a llamarse Espoz y Mina y, a partir de ese momento, la confusión más completa persiguió a los dos, dando lugar mucho más tarde al despiste total y absoluto de los historiadores de la Independencia. En la mayoría de las *Historias de España*, quien intente buscar las diferencias entre Mina, Espoz y Mina o general Mina se encontrará sumido en un mar de despropósitos y generalizaciones simplificadoras. Algún día habrá que intentar una clarificación diferenciadora de ambos personajes. Baste decir que Espoz y Mina nunca quiso renunciar al sobrenombre de Mina; que tras el pronunciamiento de Pamplona se sintió humillado al ver que su sobrino era recibido en Londres en 1815, en medio de los mayores elogios y atenciones oficiales y que, tras la aventura mexicana de Xavier, se prometió olvidarlo y lo borró completamente de su memoria y de sus *Memorias*.

Xavier Mina llegó a Londres, huyendo del absolutismo de Fernando, en abril de 1815 y continuando los planes que se habían preparado en Madrid un año antes, a pesar del fracaso de Pamplona, se puso a trabajar a fondo en apoyo de la causa de Porlier, a finales de 1815, por lo que participó en las actividades que se desarrollaron en Londres a favor del levantamiento de La Coruña. Pero los patriotas hispanoamericanos que se encontraban en la capital británica en busca de recursos y simpatías en pro de la emancipación, se fijaron en «el joven héroe liberal», que acababa de aparecer por Londres, como una figura ideal para encabezar un proyecto fantástico, el de apoyar a la insurgencia americana desde Europa, con un cuerpo de jefes y oficiales excombatientes en las recién terminadas guerras napoleónicas.

Con la ayuda de Blanco White, Mina entró en contacto con Lord Holland, lord Russell y John Allen, el secretario de Lord Holland, que se sintieron muy atraídos por el aura romántica y el entusiasmo del navarro; con fray Servando Teresa de Mier, que había discutido intelectualmente con Blanco en sus famosas *Cartas a El Español*; con el mexicano marqués del Apartado, distinguido miembro de la familia de los Fagoaga, etc. Influidos por las ideas de Flórez Estrada, Palacio Fajardo, el marqués del Apartado y otros americanos y europeos que se encontraban en Londres, al comprobar el fracaso y llegar noticias de la captura de Porlier, decidió encabezar su famosa «Expedición libertadora», en realidad la primera acción de intervención internacional desde el exterior, en la época contemporánea, que se inició en Liverpool el 15 de mayo de 1816. Acompañado de fray Servando y de una veintena de combatientes internacionales (españoles, franceses, italianos, ingleses) se trasladó en un barco, pagado por los liberales de la *Holland House*, a Estados Unidos, como primera etapa de su viaje a Nueva España, donde pensaba ponerse a las órdenes de Morelos y el Congreso mexicano

y participar en la lucha de los liberales españoles y americanos contra el absolutismo del monarca español.

Fue una aventura repleta de peripecias, éxitos y fracasos, emociones y tragedias, que se desarrolló a lo largo de unos cuantos meses de intensa actividad. Baste decir que en Estados Unidos conectó con el grupo de patriotas que se desplegaba por Filadelfia, Baltimore, Nueva York y Nueva Orleans, buscando ayudas y colaboraciones en favor de sus luchas; que viajó a Haití para encontrarse con Simón Bolívar, a quien estuvo a punto de convencer para que le acompañara a México y que, de regreso a territorio norteamericano, preparó un cuerpo expedicionario militar, al que entrenó concienzudamente, organizándolo con las mejores y más sofisticadas técnicas del arte militar de la época. Encontró en Estados Unidos el apoyo fundamental del gran colombiano Pedro Gual, artífice años más tarde de tantos proyectos internacionalistas hispanoamericanos; del canario Manuel de Torres, prohombre hispano en Estados Unidos; del venezolano Mariano Montilla, exlugarteniente de Bolívar, y del cubano Joaquín Infante, escritor y poeta, que le sirvió de secretario durante muchos meses y que se hizo cargo de la imprenta de campaña, la primera imprenta moderna que hubo en la América hispana, que Mina introdujo en México y en la que se imprimieron proclamas y periódicos. El impresor Bangs se la llevó a Texas y más tarde la recuperó para México el diputado Ramos Arizpe.

Desgraciadamente, tuvo que enfrentarse a la traición y perfidia de muchos de sus colaboradores y supuestos amigos, incluso el controvertido Álvarez de Toledo, exdiputado en Cádiz, que tanto había hecho en favor de la independencia, pero que se entregó con armas y bagajes al embajador don Luis de Onís, el astuto representante de la monarquía española en Estados Unidos. Pudo sortear todos los peligros, incluidos algunos atentados que había preparado el grupo de conspiradores españoles de Nueva Orleans, con el padre Sedella y el viejo republicano Mariano Picornell a la cabeza y finalmente, el 25 de abril de 1817 desembarcó en las playas de Soto la Marina, al norte de Tampico, con 300 soldados, en su mayoría oficiales, de varias nacionalidades, con un cuerpo de ejército al que tituló «Ejército Auxiliar de la República Mexicana», dispuesto a participar en las luchas de liberación continental. Su aventura se prolongó durante siete meses, estuvo llena de gloria y de tragedia y culminó con su derrota y fusilamiento. Para los mexicanos, como escribió Justo Sierra a comienzos de este siglo, «fue como un relámpago que iluminó el cielo de la patria». Su inesperada llegada, en un momento de máxima prostración y desánimo, reanimó la esperanza y permitió el replanteamiento de las luchas emancipadoras.

Xavier Mina tiene para los españoles un interés muy singular. Representa el paradigma de los españoles de convicciones profundamente liberales que estaban seguros de que la lucha contra el despotismo podía desarrollarse en España y en América, simultáneamente, y que la libertad y los derechos humanos tenían y debían implantarse al mismo tiempo a lo largo y ancho de las provincias americanas y europeas.

Se está completando en los últimos años el estudio del extraordinario personaje que fue Blanco White y también, hasta cierto punto, el perfil político liberal de Flórez Estrada, así como del papel que ambos desempeñaron en el proceso ideológico que condujo a la emancipación americana. Xavier Mina, discípulo y seguidor entusiasta de ambos, aparece como un eslabón perdido que puede empalmar el proceso ideológico de sus maestros, con la acción y la práctica liberadora de otros españoles que apoyaron la insurgencia.

Una ligera incursión en los textos de las *Proclamas* de Xavier Mina, durante la preparación y en el momento del inicio de su expedición, pueden ser contundentes para comprender el significado y la trascendencia del proyecto político del héroe liberal. A finales de 1816, mientras organizaba sus huestes, con ayuda de Gual y fray Servando redactó una proclama, de la que son estos párrafos: «Al separarme para siempre de la asociación política, por cuya prosperidad he trabajado desde mis tiernos años, es un deber sagrado el dar cuenta a mis amigos y a la nación entera de los motivos que me han dictado esta resolución. Jamás, lo sé, jamás podré satisfacer a los agentes del espantoso despotismo que aflige a mi desventurada patria; pero es a los españoles oprimidos, y no a los opresores, a quienes deseo persuadir que no la venganza ni otras bajas pasiones, sino el interés nacional, principios los más puros y una convicción íntima e irresistible han influido sobre mi conducta pública y privada». Más adelante, añade Xavier: «Libre yo ya, por aquella época, de las prisiones francesas, corrí a Madrid, por si podía contribuir, con otros amigos de la libertad, al restablecimiento de los principios que habíamos jurado sostener. ¡Cuál fue mi sorpresa al ver el nuevo orden de cosas! Los satélites del tirano sólo se ocupaban en acabar de destruir la obra de tantos sudores: ya no se pensaba sino en consumir la subyugación de las provincias de ultramar, y el ministro don Manuel de Lardizábal, equivocando los sentimientos de mi corazón, me propuso el mando de una división contra México; como si la causa que defendían los americanos fuese distinta de la que había exaltado la gloria del pueblo español... como si fuese nuevo el derecho que tiene el oprimido para resistir al opresor...».

Finalmente, completaba así su razonamiento: «Sin echar por tierra en todas partes el coloso del despotismo, sostenido por los fanáticos y mono-

polistas, jamás podremos recuperar nuestra dignidad. Para esa empresa es indispensable que todos los pueblos donde se habla el castellano aprendan a ser libres, a conocer y practicar sus derechos. La causa de los hombres libres es la de los españoles no degenerados. La patria no está circunscrita al lugar en que hemos nacido, sino, más propiamente, al que pone a cubierto nuestros derechos personales». Y para remachar el sentido profundamente anticipador y trascendente de sus actos, previendo acaso su muerte en la batalla, terminaba con una invocación emocionante dirigida a los americanos en pie de guerra: «Decid a vuestros hijos, que hubo también españoles amigos de la libertad, que sacrificaron su reposo y su vida por nuestro bien». Firmó y publicó esta proclama en Gálveston, actualmente en Texas, el 22 de febrero de 1817.

Bibliografía

Pueden considerarse biografías, más o menos completas de Xavier Mina, las obras siguientes:

WILLIAM A. ROBINSON, *Memorias de la revolución de Méjico y de la expedición del general D. Francisco Javier Mina* (traducción española de José Joaquín de Mora). Las editó Ackerman en Londres, en 1824. La edición inglesa se publicó en Filadelfia en 1820.

ANTONIO RIVERA DE LA TORRE, *Francisco Javier Mina y Pedro Moreno, caudillos libertadores*. Secr. Educación Pública, México, 1917.

MARTÍN LUIS GUZMÁN, *Mina el Mozo, héroe de Navarra*, en la colección «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX», dirigida por Ortega y Gasset para Espasa Calpe, Madrid, 1932. Esta misma obra se volvió a editar en México en 1955, con un título diferente: *Javier Mina, héroe de España y de México*.

JOSÉ MARÍA MIQUEL y VERGÉS. *Mina, el español frente a España*. Editorial Xóchitl, México, 1945.

Otros autores que han dedicado amplio espacio en sus obras a Mina o que han escrito textos más reducidos, son los mexicanos CARLOS MARÍA BUSTAMANTE (1823), LUCAS ALAMÁN (1851), FRANCISCO ARRANGOIZ (1871), JULIO ZÁRATE (1885), JUSTO SIERRA (1900), RAFAEL ANZURES (1909), MARIANO AZUELA (1935), GLORIA MÉNDEZ MINA (1967), ENRIQUE CÁRDENAS (1973), JOSÉ FUENTES MARES (1980), GUADALUPE JIMÉNEZ CODINACH (1991) y ERNESTO DE LA TORRE VILLAR (1992), así como los españoles ANTONIO GARCÍA PÉREZ (1909), RAFAEL RAMOS PEDRUEZA (1937),

ALFONSO CAMÍN (1957), JOSÉ MARÍA IRIBARREN (1965 y 1967), ESTEBAN ORTA RUBIO (1979) y MARÍA TERESA BERRUEZO (1992). La profesora catalana ANGELS SOLÀ ha producido un amplio ensayo bibliográfico en la *Revista Mexicana de Sociología*, México, 1989.

Siguen inéditos los textos de JAMES A. BRUSH «Journal of the Expedition and military operations of General Don. Fr. X. Mina in Mexico» (1818), J. M. WEBB «Relación de la expedición de Mina contra el reino de México, extendida por un oficial que vino en ella» (1819), las cartas de FRAY SERVANDO TERESA DE MIER (1816-1820) y las «Proclamas» y correspondencia de XAVIER MINA EN MÉXICO (1816-1817).

Algunos autores estadounidenses que han prestado interés a Mina, la época y el entorno son: HAROLD A. BIERCK, CLARENCE W. BISHPAM, CHARLES B. BOWMAN, ISAAC J. COX, STANLEY FAYE, CHARLES C. GRIFFIN, RICHARD W. GRONET, DORIS M. LADD, WILLIAM F. LEWIS, JOSEPH B. LOCKEY, W. R. MANNING, JAMES F. RIPPY, JOHN RYDJORD, HARRIS G. WARREN, ARTHUR P. WHITAKER Y CURTIS A. WILGUS.